

las mujeres llenaban las calles del barrio, llorando y gritando en medio de la baraunda armada por la chiquillería.

Aquella noche en *La Ventajosa* quedó decidida la huelga. Rasseneur no se atrevía ya á combatirla, y Souveraine la aceptaba como el primer paso dado en el camino de las soluciones convenientes. Esteban resumió la situación en una sola frase: ¿La Compañía quiere la huelga? Pues la tendrá.



V.



TRANSCURRIÓ una semana; el trabajo continuaba desanimado y triste, con la espera del conflicto, cada vez más inminente.

En casa de Maheu, la quincena se preparaba peor que la anterior. Así es, que la mujer del minero, á pesar de su carácter dulce y su proverbial prudencia, se iba agriando cada vez más. ¿Pues no se había atrevido su hija Catalina á dormir una noche fuera de su casa? Al día siguiente, por la mañana, entró tan cansada, tan enfermucha á consecuencia de la aventura, que no pudo ir á trabajar, y lloraba, diciendo que no era culpa suya, porque Chaval la había detenido, amenazándola con pegarle una paliza si se marchaba. Su amante estaba loco de celos; quería impedirle que volviese á acostarse en la cama de Esteban, donde, según

él, la obligaba á dormir su familia. La mujer de Maheu, furiosa, después de prohibirle que volviera á hablar con semejante bruto, quería ir á Montson para darle de bofetadas. Pero no por eso se dejaba de perder el jornal del día, y además, Catalina decía que, ya que tenía aquel querido, prefería no cambiar de hombre.

Dos días después hubo otra historia. El lunes y el martes, Juanillo, á quien creían en *La Voreux* trabajando tranquilamente, se escapó al bosque de Vendome á pasar dos días de crápula con Braulio y Lidia. Los había pervertido de tal modo, que jamás se pudo averiguar á qué entretenimientos de chiquillos precoces se habían entregado los tres juntos con verdadero furor. El chico recibió una reprensión fuerte, una azotaina terrible, propinada por su madre, en medio de la calle, á presencia de todos los muchachos del barrio. ¿Habíase visto jamás cosa semejante? ¡Hijos suyos, que no habían hecho más que costarle dinero desde que nacieron, y que estaban ya obligados á ganar para ayudarla! Y en aquellas exclamaciones entraba por mucho el recuerdo de su propia infancia, de la miseria hereditaria que sufrían los de su raza desde tiempo inmemorial, acostumbrados á que los hijos ganasen dinero desde que llegaban á la edad de poder trabajar.

Aquella mañana, cuando los hombres y Catalina se fueron á la mina, la mujer de Maheu se levantó de la cama y llamó á Juanillo.

—¡Mira, grandísimo tunante; si se vuelve á repetir esto, te mato á palos!

En la cantera donde trabajaba entonces Maheu, la faena era penosísima. Aquella parte del filón era tan delgada, que los cortadores de arcilla, embutidos entre la pared y el techo, se destrozaban los codos y las rodillas, sin dejar de mover las herramientas. Además, cada día iba estando más húmeda; temían que de un momento á otro saltara un chorro de agua, uno de esos bruscos torrentes que rompen las rocas y arrastran á los hombres. El día antes Esteban, al dar con el pico en una roca, había sentido brotar el agua; aquello era la voz de alerta, de la que no hicieron caso. Todo se redujo á que la cantera se quedara más húmeda y más malsana.

Por lo demás, el joven no pensaba ya en los accidentes posibles; pasaba allí, como sus demás compañeros, el tiempo trabajando y despreciando el peligro. Vivían en medio del grisú, sin sentir siquiera la pesadez que les producía en los párpados. Algunos días, sin embargo, cuando la luz de las linternas se azulaba más que de costumbre, pensaban en él, y arrimaban la cara á la vena para oír el ruidillo que producía el gas, ruidillo parecido al que hace un puchero de agua hirviendo. Pero la amenaza más seria era la de un desprendimiento; porque, además de la insuficiencia de los puntales de madera, que seguían haciendo de prisa y corriendo, las rocas, combatidas por el

agua y por la humedad interior, se desprendían en masas enormes.

Dos veces aquel día tuvo Maheu que hacer que metieran unos puntales de madera. Eran las dos y media, y la gente iba á dejar ya el trabajo. Estaban concluida de arrancar una masa de carbón, cuando se oyó un trueno espantoso y lejano, que retumbó en toda la mina.

—¿Qué es eso?—exclamó, deteniéndose en su tarea para escuchar.

Había creído que el techo de la galería se le venía encima.

Pero ya Maheu se tiraba del andamio, diciendo:

—Es un desprendimiento..... ¡Pronto, pronto! ¡Fuera!

Todos se apresuraron precipitadamente á salir; pero ayudándose unos á otros con verdadero espíritu de fraternidad. Sus linternas se agitaban con violencia en el silencio de muerte que se había producido; corrían uno detrás de otro á lo largo de las galerías, con la espalda encorvada, como si galopasen á cuatro piés; y sin detener la carrera se interrogaban, y contestaban con palabra rápida y concisa: ¿Dónde habría sido? ¿Quizás en la canteira? ¡No! Era abajo más bien; en las galerías de arrastre. Cuando llegaron á la chimenea, se metieron en ella, y resbalaron uno detrás de otro, sin ocuparse de los rasguños que recibían.

Juanillo, lleno de cardenales de la paliza de la vispera, no se había escapado aquel día de la mina.

Trotaba descalzo detrás de su tren, para ir cerrando las compuertas de ventilación; y á veces, cuando no temía encontrarse con un capataz, se subía en la última carretilla, lo cual estaba prohibido, para evitar que se durmiesen. Pero su distracción favorita era, cada vez que el tren se detenía para cruzar con otro, ir á ver á Braulio, que iba en la primera vagoneta guiando el caballo. Llegaba sin hacer ruido y sin linterna; pellizcaba á su compañero hasta que le hacía sangre, en broma; inventaba diabluras de mono, al cual se parecía con aquellos pelos rojos y rizados, aquellas orejas descomunales, aquella cara flacucha y huesosa, animada por aquellos ojillos verdes, que brillaban en la oscuridad lo mismo que los de un gato.

A pesar de su precocidad extraordinaria, parecía tener la inteligencia oscura de un aborto humano que volviera á la animalidad de origen.

Una vez *Batallador* se paró en seco, y Juanillo, acercándose á Braulio:

—¿Qué demonios tiene ese animal—le dijo, que por poco me rompe las piernas con esa parada?

Pero Braulio no pudo contestar, ocupado en atender al caballo, que se encabritaba al ver llegar otro tren. El animalito había conocido de lejos á su compañero *Trompeta*, al cual había tomado gran cariño desde el día de su llegada al fondo de la mina. Cualquiera hubiera dicho que sentía la compasión afectuosa de un filósofo viejo, anhelante por consolar á un amigo joven, y por inspirarle paciencia y

resignación; porque *Trompeta* no se aclimataba; tiraba de las carretillas á la fuerza, seguía con la cabeza caída, cegado por la oscuridad, como si no adquiriera la resignación necesaria para renunciar al sol. Así es que cada vez que *Batallador* se lo encontraba, alargaba la cabeza para soplarle en el cuello y humedecérselo con una caricia capaz de infundirle valor.

—¡Por vida de!... Ya están otra vez dándose besos—dijo Braulio.

Luego, cuando *Trompeta* hubo pasado, añadió, refiriéndose á *Batallador*:

—Anda; este maldito viejo sabe lo que se hace... Cuando se planta de ese modo, es que adivina algún obstáculo, una piedra ó un agujero; se cuida bien, y no quiere que se le rompa nada... Hoy no sé qué demonio habrá detrás de aquella compuerta. La empuja, y se queda parado. ¿Has oído algo tú?

—No—dijo Juanillo.—Lo que hay es mucha agua. A mí me llega á las rodillas.

El tren echó á andar otra vez. Y al viaje siguiente, cuando *Batallador* hubo abierto la compuerta de un cabezazo, se negó á seguir, y se plantó, relinchando y temblando. Al fin se decidió, y pasó con rapidez.

Juanillo se había quedado detrás, á fin de cerrar la compuerta. Se bajó un poco para ver la laguna en que se le hundían los piés; luego, levantando la linterna, vió que los maderos de apuntalar habían cedido por la influencia de una filtración muy

grande. Precisamente en aquel momento un minero, muy conocido entre sus compañeros por el apodo del *Naranjero*, salía de su trabajo, presuroso por volver á su casa, porque su mujer estaba de parto. También él se detuvo con objeto de mirar los puntales de madera. Y de repente, cuando el chico iba á echar á correr á fin de alcanzar el tren, oyóse un crujido formidable, y el hombre y el muchacho quedaron sepultados entre las rocas desprendidas.

Hubo un momento de silencio. Un polvo denso, levantado por el desprendimiento, invadía todas las galerías. Y ciegos, sofocados, iban llegando mineros de todas partes, de las más próximas y de las más lejanas canteras, llevando en la mano las linternas, que alumbraban apenas los grupos de hombres negros que corrían hacia el lugar de la catástrofe. Cuando los primeros llegaron á él, se detuvieron y llamaron á los demás.

Otro grupo numeroso, llegado de la cantera del fondo, se hallaba detenido al otro lado de la masa de piedra desplomada, que interceptaba la galería. En seguida se vió que el techo se había desprendido en un trayecto de diez metros á lo sumo. Los perjuicios no eran de consideración; pero todos los corazones se oprimieron al oír salir de los escombros un gemido estertoroso.

Braulio, que había abandonado el tren, acudía diciendo:

—¡Juanillo está debajo! ¡Juanillo está debajo!
En aquel momento Maheu, que desembocaba

de la chimenea con Zacarías y Esteban, se vió acometido de un furor desesperado, sin encontrar más que juramentos y maldiciones para expresar su dolor.

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Mal rayo nos parta á todos!

Pero las mujeres, que acudieran también corriendo, y entre ellas Catalina, Lidia y la Mouquette, se echaron á llorar, gritando como desesperadas en medio del espantoso desorden, más espantoso aún á causa de la oscuridad. Querían hacerlas callar; pero ellas chillaban cada vez más fuerte.

El capataz Richomme había llegado al lugar de la catástrofe desesperado, porque ni Negrel ni Dansaert se hallaban en la mina. Aplicó el oído á la roca para escuchar, y acabó por decir que aquellos gemidos no eran de chico. De seguro había allí algún hombre también. Entonces Maheu llamó á Juanillo. No se oía respirar á nadie.

El pequeño había quedado muerto sin duda. Y los gritos continuaron en seguida; todos llamaban al que agonizaba; todos querían saber su nombre. Nadie contestó.

—¡Démonos prisa!—repetía Richomme, que había organizado la operación de salvamento.—Después hablaremos.

Por uno y otro lado los mineros atacaban el montón de escombros con los picos y con las palas. Chaval trabajaba, sin decir palabra, al lado de Maheu y de Esteban, mientras Zacarías se ocupaba en

transportar la tierra que sacaban del montón. Ya era hora de salir; nadie había comido; pero no pensaron en hacerlo mientras hubiera alguien en peligro. Sin embargo, recordaron que la gente del barrio estaría impaciente y con cuidado, si no veía volver á nadie, y se habló de que se marcharan las mujeres. Ni Catalina, ni la Mouquette, ni siquiera Lidia, quisieron marcharse, clavadas allí por el deseo de saber lo ocurrido, y ayudando afanosamente á los hombres. Entonces Levaque aceptó el encargo de anunciar en el barrio que había ocurrido un desprendimiento, pero que no era cosa mayor, y que se remediaría fácilmente. Eran cerca de las cuatro: los obreros, en menos de una hora, habían hecho el trabajo de un día: ya debían haber quitado la mitad de las piedras, si no habían caído más del techo. El ruido estertoroso los guiaba en su trabajo. Maheu se obstinaba con tal rabia, que se negaba á dejar el trabajo cuando alguno se acercaba á reemplazarle para que descansara.

—¡Espacio!—dijo al fin Richomme.—Ya llegamos... ¡Cuidado, no vayáis á rematarle con los picos.

En efecto: el estertor se oía cada vez más cerca. Entonces parecía que sonaba debajo de los picos y los azadones.

Nadie pronunció una palabra. Todos habían sentido pasar el frío de la muerte á través de las tinieblas.

Cavaban con ardor, sudando á mares, con los

miembros contraídos, como si fueran á rompérselos. Tropezaron con un pie; entonces escarbaron con las manos, y fueron descubriendo uno á uno los miembros de una persona. La cabeza no había sufrido nada. Las linternas se acercaron, y el nombre del *Naranjero* corrió de boca en boca. El pobre estaba todavía caliente; tenía la columna vertebral completamente rota.

—Envolvedlo en una manta y ponedlo en una carretilla—ordenó el capataz.—Vamos ahora al chiquillo. ¡De prisa, de prisa!

Maheu no había dejado de trabajar, y fué el primero que vió practicada la abertura que les puso en comunicación con la brigada que trabajaba por el otro lado. Los hombres de esta última fueron los primeros que gritaron: acababan de encontrar á Juanillo sin sentido y con las dos piernas rotas; pero respirando todavía. Su padre cogió al chicuelo en brazos, y se lo llevó, apretando los dientes y desahogando su rabia á fuerza de juramentos y blasfemias. Catalina y las otras muchachas seguían llorando á mares.

Pronto se organizó el triste cortejo. Braulio había llevado á *Batallador* al lugar del siniestro. El caballo quedó enganchado en un instante á dos vagonetas: en la primera iba el cadáver del *Naranjero*, sostenido por Esteban; en la segunda se había sentado Maheu, llevando en brazos á Juanillo, á quien habían tapado con un pedazo de trapo que habían arrancado de una compuerta de ventilación.

Y el tren se puso en marcha al paso del caballo; en cada carretilla iba enganchada una linterna, que parecía una estrella roja. Luego, detrás, á la cola, seguían todos los mineros, todos, menos unos cincuenta que tuvieron que quedarse allí para consolidar el techo de la galería. Ya se sentían muertos de cansancio, é iban arrastrando los piés y resbalando por el barro, con la expresión sombría de un ganado acometido de epidemia. Más de media hora tardaron en llegar al pie del pozo de subida. Aquel convoy subterráneo, atravesando la oscuridad profunda de la mina, no se acababa nunca á lo largo de las galerías, que se bifurcaban, daban vueltas y se estrechaban sin cesar.

Richomme, que había salido delante, tenía ya dada orden para que estuviera preparada una jaula-ascensor. Pierron y otro cargador embalaron en seguida las dos fúnebres carretillas. En una iba Maheu con el pequeño herido en los brazos, mientras en la otra Esteban tenía que llevar abrazado el cadáver del *Naranjero*, para que no tropezara en ninguna parte. Luego, así que los demás departamentos estuvieron atestados de obreros, la jaula comenzó á subir. Tardaron dos minutos. Todos iban mirando arriba, impacientes ésta vez por ver la luz del sol.

Afortunadamente un aprendiz, á quien enviaron á buscar al doctor Vanderhaghen, le había encontrado en casa, y llegaba con él en aquel momento. Juanillo y el muerto fueron conducidos al cuarto

de capataces, donde, á pesar de que no hacía frío, ardía una lumbre magnífica. Retiraron las cubetas de agua tibia preparadas ya para que los capataces se lavaran los piés, y extendiendo dos colchones en el suelo, colocaron en ellos al hombre y al muchacho. Solamente Maheu y Esteban entraron. A la parte de afuera, las mujeres, los demás obreros y los aprendices que habían acudido, hablaban en voz baja.

En cuanto el médico dirigió una mirada al *Naranjero*, murmuró:

—¡Este se fastidió! ¡Ya podéis lavarlo!

Dos vigilantes desnudaron y lavaron con una esponja aquel cadáver, negro de carbón y sucio todavía de sudor.

—En la cabeza no tiene nada—añadió el doctor, arrodillándose en el colchón donde se hallaba Juanillo.—En el pecho tampoco... ¡Ah! Las piernas son las que han sufrido.

Y él mismo desnudaba al chiquillo, desatándole el capaceté, quitándole la blusa, tirándole de los pantalones y sacándole la camisa con la habilidad de una nodriza. Entonces apareció aquel cuerpecillo, delgado como el de un insecto, sucio por todas partes de polvo negruzco, con manchas de tierra rojiza, que le daban el aspecto de mármol negro cruzado de vetas rojas. Como no se le veía bien, hubo que lavarlo. Y entonces, á medida que se le iba pasando la esponja, parecía más delgado y endeble, y con unas carnes tan transparentes, que se

le veían los huesos. Daba compasión aquella última degeneración de una raza de miserables, aquella miaja, que sufría horriblemente, medio aplastada por las rocas.

Cuando estuvo limpio, se le vieron las heridas de las ingles, dos manchones de sangre sobre la blancura de la piel.

Juanillo, que había recobrado el conocimiento, dió un gemido. En pie, al lado del colchón, con las manos cruzadas y temblorosas, Maheu le contemplaba conmovido, y gruesas lágrimas surcaban sus curtidas mejillas.

—¡Eh! ¿Eres tú su padre?—dijo el doctor, levantando la cabeza.—No llores, porque ya ves que no está muerto... Ayúdame.

Le reconoció, y vió que tenía dos fracturas simples. Pero la pierna derecha le inspiraba cuidado, y tenía que acaso hubiera que amputársela.

En aquel momento, el ingeniero Negrel y Dansaert, que habían recibido aviso, entraron en la habitación, seguidos de Richomme. El primero escuchaba el relato del capataz con aire de mal humor. Al fin estalló:

—¡Siempre la maldita manía de no apuntalar bien! ¡Y esos bestias hablando de declararse en huelga, si les obligan á apuntalar mejor! Lo malo es que ahora la Compañía tendrá que pagar los vidrios rotos, sin comerlo ni beberlo. ¡Bueno se pondrá el señor Hennebeau!

—¿Quién es?—preguntó luego á Dansaert, que,

silencioso y delante del cadáver, le contemplaba, mientras lo envolvían en una sábana.

—El *Naranjero*, uno de los mejores obreros de la mina—respondió el capataz mayor.—Y tiene tres hijos... ¡Pobrecillo!

Entre tanto, el doctor Vanderhaghen hablaba en voz baja con aquellos señores, pidiéndoles que llevaran inmediatamente á Juanillo á su casa.

Daban las seis, comenzaba á declinar el día, y mejor era llevarse también el cadáver. El ingeniero dió órdenes inmediatamente para que engancharan el furgón y llevaran una camilla. El niño herido fué colocado en la camilla, mientras metían en el furgón el colchón con el muerto.

A la parte de afuera, hombres y mujeres seguían hablando en voz baja, y sin marcharse hasta no ver en qué quedaba aquello. Cuando se abrió la puerta del cuarto de los capataces, reinó el silencio más profundo entre los grupos de curiosos, y se formó un nuevo cortejo: el furgón delante, luego la camilla, después la multitud de obreros que los seguían á pie. Lentamente tomaron todos el camino en cuesta que conducía al barrio de los mineros. Los primeros fríos de Noviembre habían desnudado de todo verdor aquella llanura inmensa, envuelta ya en su manto de tinieblas.

Esteban aconsejó entonces á Maheu que enviara á Catalina, para que preparase á su madre y el golpe fuese menos rudo. El padre, que iba al lado de la camilla con ademán desesperado, asintió ha-

ciendo un gesto, y la joven echó á correr, porque ya estaban cerca de las casas. Pero en el barrio ya habían visto que se acercaba el furgón, aquella fúnebre caja tan conocida. Multitud de mujeres salían como locas á las puertas de las casas, y tres ó cuatro, llenas de angustia, habían echado á correr para salir al encuentro de la fúnebre comitiva. Pronto fueron treinta, cuarenta, cincuenta, todas ahogadas por el mismo espanto. ¿Conque había un muerto? ¿Quién era? La historia contada por Levaque, después de tranquilizarlas á todas, las lanzaba á exageraciones de verdadera pesadilla: no era un hombre, sino diez lo menos los que habían perecido, y que irían llegando uno á uno en el furgón.

Catalina había encontrado á su madre presa de un terrible presentimiento; y desde que su hija, tartamudeando, empezó á hablar, la interrumpió diciendo:

—¡Ha muerto tu padre!

En vano la joven protestaba y hablaba de Juanillo. La mujer de Maheu, sin hacerle caso, se echaba á la calle: y al ver el furgón que aparecía por la esquina de la iglesia, pálida como una muerta, perdió el sentido. En las puertas de las casas, las mujeres, mudas de espanto, alargaban el cuello, mientras otras seguían con la vista el cortejo fúnebre, temblando ante la idea de que se pudiera detener á la puerta de sus casas respectivas.

El coche pasó, y la mujer de Maheu, repuesta de su desvanecimiento, vió á su marido, que ca-

minaba junto á la camilla. Entonces, cuando depositaron la camilla á la puerta de su casa, cuando vió á Juanillo vivo, pero con las dos piernas rotas, sintió tan extraña reacción, que se puso furiosa, y empezó á murmurar:

—¿Esto más? ¡Ahora nos estropean á los pequeños!... ¡Las dos piernas, Dios mío! ¿Qué voy á hacer yo ahora?

—Calla, mujer—dijo el doctor Vanderhaghen, que había entrado en la casa para vendar al herido.—¿Preferirías que se hubiese quedado allí abajo?

Pero la mujer de Maheu se ponía cada vez más furiosa, mientras Alicia, Leonor y Enrique lloraban á gritos. A la vez que ayudaba al doctor, dándole lo que le hacía falta para la cura, maldecía su suerte, y preguntaba dónde querrían que fuese á buscar dinero para cuidar á los enfermos. No bastaba con el viejo, sino que también el chicuelo se quedaba cojo. Y no dejaba de maldecir, mientras que de la casa de unos vecinos salían tristes lamentaciones y gritos agudos de dolor: eran la mujer y los hijos del *Naranjero*, que lloraban al muerto. La noche estaba muy oscura; los mineros, rendidos de fatiga, se habían puesto ya á comer, y todo en el barrio era tranquilidad, alterada solamente por aquel llorar desgarrador.

Transcurrieron tres semanas. Se había podido evitar la amputación; Juanillo conservaría sus dos piernas; pero se quedaría cojo. Después de formar un expediente, la Compañía se resignó á darles

cincuenta francos como socorro, prometiendo, además, que buscaría para el enfermito, cuando estuviere bueno, algún empleo en que no tuviera que trabajar en el fondo de la mina. No por eso dejaba de ser aquello una agravación de miseria, porque el padre, del disgusto y de la conmoción, había caído en cama con calenturas.

Desde el jueves, Maheu siguió yendo á trabajar, y ya estaban en domingo. Aquella noche Esteban habló extensamente de lo próximo que se hallaba el 1.º de Diciembre, preocupándose de si la Compañía cumpliría su amenaza. Estuvieron levantados hasta las diez, esperando á Catalina, que se hallaba con Chaval. Pero la muchacha no fué á dormir. La mujer de Maheu, furiosa, cerró la puerta, echando el cerrojo sin decir una palabra. Esteban tardó mucho rato en dormirse, inquieto, sin saber por qué, viendo tan desocupada aquella cama, demasiado grande para Alicia sola.

Al día siguiente tampoco pareció Catalina; y solamente por la tarde, al volver del trabajo, supieron los Maheu que su hija se quedaba á vivir con Chaval. Le daba tantos disgustos con sus malditos celos, que al fin la muchacha había decidido amancebarse: para evitar que le echasen en cara su conducta, abandonó bruscamente *La Voreuse*, contratándose en *Juan Beart*, la mina del señor Deneulín, donde trabajaba su querido también. Por lo demás, el nuevo matrimonio, por llamarlo así, seguiría viviendo en el café Piquette de Montson.

En los primeros momentos, Maheu habló de ir á abofetear al tunante y de llevarse á su hija á puntapiés en la parte posterior; después hizo un gesto de resignación, ¿Para qué? El resultado sería el mismo, porque no había manera de que las muchachas no se amancebasen, como ellas quisieran hacerlo. Mejor era esperar tranquilamente á que se casaran. Pero la mujer de Maheu no tomaba las cosas con tanta calma.

—¿La pegaba yo, acaso, cuando se iba con Chaval?—gritaba, dirigiéndose á Esteban, que la escuchaba silencioso y muy pálido.—Vamos, contéstame, vos que sois hombre razonable... La hemos dejado en libertad, ¿no es cierto? Porque al fin y al cabo, todas pasan por lo mismo. Yo, por ejemplo, ya estaba embarazada cuando me casé con su padre. Pero no me escapé de casa de mi madre, ni lo hubiera hecho jamás, por no cometer la porquería de privarla antes de tiempo del dinero que ganaba, para dárselo á un hombre que no lo necesitaba... ¡Ah! Es insufrible. Creed que tendrá una que acabar por no tener hijos.

Y como Esteban no contestaba, contentándose con menear la cabeza en señal de asentimiento, siguió dando rienda suelta á su indignación.

—¡Una muchacha que iba todas las noches adonde la daba la gana! ¿Qué demonios tiene en el cuerpo? ¿No podía aguardar á casarse hasta que nos hubiera ayudado á salir del atolladero en que estamos? ¿Eh?... Pero ¡es claro! hemos sido dema-

siado buenos, porque no debíamos haber permitido que se entretuviera con un hombre. Se les da un dedo, y se toman toda la mano.

Alicia hacía signos de aprobación con la cabeza, mientras Enrique y Leonor, asustados de ver furiosa á su madre, lloraban en silencio. La mujer de Maheu enumeraba sus desventuras; en primer lugar, Zacarías, que se había casado; luego el abuelo, que estaba allí clavado en una silla, sin poder mover las piernas; después Juanillo, que no podría salir de su cuarto hasta dentro de unos días, según el médico, y, por fin, el último golpe dado por aquella bribona de Catalina, que se iba á vivir con un hombre. Toda la familia se desmoronaba. Ya no quedaba más que el padre para trabajar. ¿Cómo iban á vivir siete personas, sin contar á Estrella, con los tres francos de Maheu?

—No se adelanta nada con que gruñas—dijo Maheu con voz sorda.—Todavía podíamos estar peor.

Esteban, que miraba al suelo, levantó la cabeza, y murmuró, con la mirada fija en un punto de la sala, como si estuviera viendo algo extraño:

—¡Ah! ¡Ya es hora, ya es hora!

